



# La Ilustración Católica



BADILLO



MANCHON

## SUMARIO.

TEXTO.—Revista, por V. P. Nulema.—Crónica de Roma, por D. Urbano Ferreiroa.—Las Apariciones de Marpingen (conclusion), por D. Francisco Hernando.—La Fuentecilla ambiciosa (fábula), por D. Manuel Polo y Peyrolon.—Una visita al Sepulcro de Santo Domingo de Guzman, por don M. P. Villamil.—Los Grabados, por V.—El Angel y el Niño, por D. José S. de Urbina.—Cristina, por D. Ramon Segade.—Miscelánea.—Jeroglífico.

GRABADOS.—El Conde Alberto de Mun.—Vista de Castel-Gandolfo.—La villa Ricassoli en Fiesoli, residencia actual del R. P. Prepósito de la Compañía de Jesus.

### PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid y provincias.  
Tres meses. . . . . 46 rs.  
Un año. . . . . 60 "  
Cuba y Puerto-Rico.  
Seis meses. . . . . 2 1/2 ps.  
Un año. . . . . 4 "

### PRECIOS DE SUSCRICION.

Extranjero.  
Seis meses. . . . . 41 fr.  
Un año. . . . . 21 "  
Filipinas y Méjico.  
Seis meses. . . . . 3 1/2 ps.  
Un año. . . . . 6 "

DIRECTOR: D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Madrid 7 de Agosto de 1879.

ADMINISTRACION: JESUS DEL VALLE, 23 Y 25, PRINCIPAL.

Epoca 2.ª—Año III.—Tomo III.

BIBLIOTECA MUNICIPAL  
MADRID

NUMERO 5.º

Numero suelto, real y medio.

## REVISTA.

Los madrileños ricos y elegantes han comenzado á emigrar de la corte para buscar la novedad y el fresco de los aires extranjeros.

La Correspondencia de España, que según acaba de declarar, «tiene por misión saber todo lo que pasa, pero no lo que sucede,» (sic) parece estos días una lista de proscripción, anunciando la salida de Madrid de personajes más ó menos famosos que se dirigen á Francia y á otros países.

La buena sociedad emigra como las golondrinas, y surca los aires sobre las alas de la moda. Aquí nos quedamos los infelices mortales que amasamos el pan cotidiano con el sudor de nuestra frente, lo que por fortuna no es nada difícil bajo una temperatura de cuarenta grados.

No habrá vecino de Madrid, por holgazan que sea, que no pueda repetir al sentarse ahora á la mesa, la sentencia bíblica: *In sudore vultus tui vesceris pane.*

Cruzando ayer la Puerta del Sol á las tres de la tarde, dando vista al ministerio de Hacienda, caímos en la cuenta de por qué afluye tanta gente de provincias á establecerse en Madrid: sin duda viene buscando el sol que más calienta.

En este concepto la población que ahora emigra parece inspirarse

en sentimientos de abnegación y generosidad, pero no es así. Muchos, no todos los que emigran al extranjero, se van porque han hecho ya su Agosto.

Los que nos quedamos, haremos bastante con no

agostarnos, esperando la caída de la hoja con resignación de mártires.

Peor que el calor del cielo es el fuego de la tierra: con el primero se suda, con el segundo se llora.

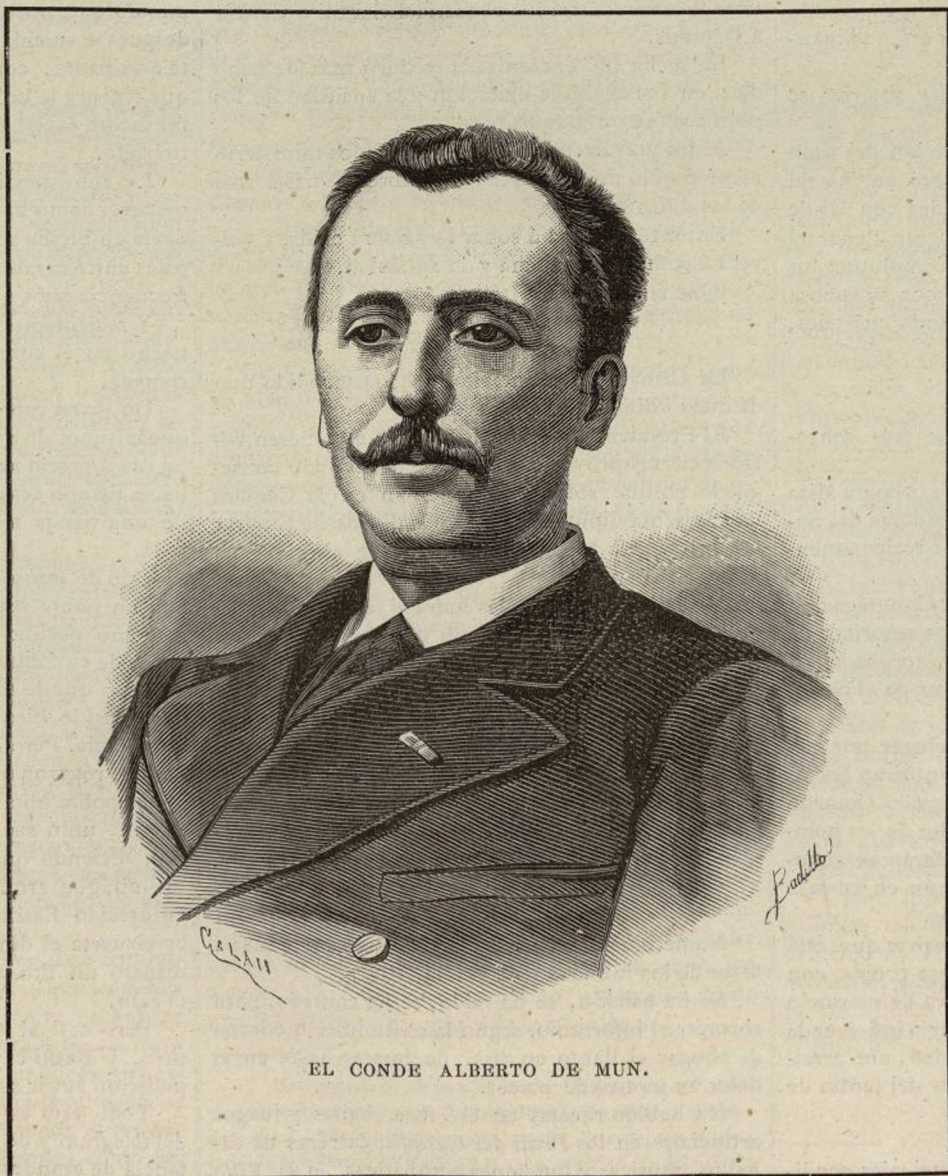
La tea de los nihilistas rusos acaba de añadir nuevo montón de cenizas á los estragos que está causando en el imperio moscovita. El magnífico palacio del Kremlin, antigua residencia de los Czares, ha quedado reducido á escombros, con otros edificios adyacentes, todos notables por pertenecer á la ciudadela de Moscou. Y no es esto lo peor, sino que al decir del telégrafo, «se temen nuevos incendios en vista de las declaraciones de los detenidos con motivo del último atentado.»

Los cuales pasan de cincuenta en Moscou, y entre ellos hay algunos personajes notables, y hasta señoras de la aristocracia rusa, cómplices de los nihilistas.

¿Qué fin se propone esta vasta sociedad al tratar de reducir á escombros las poblaciones rusas? ¿Por qué extraño misterio ayudan á los nihilistas personajes de la aristocracia?

Pidamos la contestación á Aquel «que desvanecé los designios de los pueblos y de los príncipes, y los trastorna á su arbitrio con las ocultas disposiciones de su sabiduría.»

También en Italia, alrededor de la inconmo-



EL CONDE ALBERTO DE MUN.



vible roca de San Pedro, se perciben los chispazos del fuego de Rusia.

La policía de Roma ha sorprendido un depósito numerosísimo de ejemplares de una proclama demagógica, en la que se anuncian para un plazo muy breve, graves trastornos. La exaltación de los ánimos, el pánico del gobierno y la alarma de la población, según los periódicos, hacen creer que la nube no está conjurada, y que esconde en sus negros vapores rayos y centellas.

Anclada en la margen del Tíber, rodeada de peligros, yace tranquila la barca de Leon XIII, de cuyos augustos labios parecen salir estas palabras de David: «No quieren considerar estos ciegos las maravillas que el Señor obra en mi favor, ni reconocer que me sostiene su mano omnipotente: el mismo brazo que me protege, los abatirá de modo que no puedan levantarse.»

\*\*\*

Recojámonos otra vez á casa después de viaje tan largo, que sin ir á Rusia ni á Italia tenemos por aquí asuntos en que ocuparnos.

Y ya que hablamos de regresos de viaje, no estará fuera de lugar consignar en esta crónica una impresión harto triste que recibimos hace pocos días volviendo á Madrid de una corta excursión por la línea de Zaragoza.

Al llegar á la estación de Alcalá vimos en el andén una afluencia desusada de gentes que, con aire de fiesta, iban y venían alegres y regocijadas. Del tren en que nosotros veníamos se apearon también muchísimos viajeros, y en las estaciones del tránsito hasta la de Madrid, observamos grande animación, indicio seguro de alguna gran fiesta.

No cabía duda; la antigua Complutum, la patria de Cervantes, la Atenas española, ardía en fiestas, y por las barras del ferrocarril comunicaba el fuego de su entusiasmo á las poblaciones circunvecinas.

¿Qué será esto? nos preguntábamos. ¿Qué función se celebrará en Alcalá, que así excita el interés de toda la comarca? Y con más velocidad que la del tren en que veníamos, nuestra memoria recorría la historia de Alcalá, la vida de Cervantes y el Año Cristiano buscando el origen de la animada fiesta.

No tuvimos que preguntar á nadie, porque al llegar á Madrid vimos el andén lleno de toreros cargados con las herramientas de su oficio y esperando el tren corto de Alcalá. La gran fiesta era... la inauguración de una nueva plaza de toros.

Después hemos sabido que el día anterior se había inaugurado un nuevo casino.

El progreso moderno y la civilización del siglo de las luces, se han propuesto ofrecer en Alcalá vivo contraste de sus obras comparadas con las de los siglos oscurantistas. Por eso quieren llenar el hueco que han dejado en la vieja Complutum los innumerables colegios y escuelas que, con su famosa universidad han desaparecido, levantando cuarteles, casinos y plazas de toros.

\*\*\*

Volvamos la vista á espectáculos más consoladores.

El día de San Ignacio se celebró la primera Misa en la capilla de las religiosas «Reparadoras del Sagrado Corazón de Jesús», establecidas recientemente en el Paseo del Obelisco, núm. 6.

Estas religiosas pertenecen á una Congregación nueva, fundada hace tres años por dos señoritas de Pedro Abad, provincia de Córdoba, y aprobada por su Eminencia el Cardenal Arzobispo de Toledo, su gran protector.

El objeto de la Congregación es reparar por medio de la adoración continua del Santísimo Sacramento, las injurias que recibe el Sagrado Corazón de Jesús de los pecados é ingratitudes de los hombres. Al mismo tiempo las religiosas darán enseñanza gratuita á niñas pobres y recibirán en su casa colegialas por pensiones muy módicas.

Aunque la Congregación puede decirse que está en sus principios, cuenta ya con casa propia, con capilla y con veintiuna religiosas. Sirva de consuelo á los católicos el saber que en esta tierra inficionada con tantas semillas y riegos de impiedad, aún arraigan y prosperan las hermosas flores del jardín de Jesucristo.

\*\*\*

El *Fénix* ha publicado ya las principales condiciones de la peregrinación á Nuestra Señora de Lour-

des, que saldrá de Madrid, Dios mediante, el día 1.º de Setiembre próximo.

El viaje costará desde Madrid á Lourdes, ida y vuelta en 1.ª clase, 400 reales, poco más ó menos, en 2.ª 300, y en 3.ª 200. Los peregrinos podrán permanecer en Lourdes el tiempo que quieran, y el plazo no bajará de diez días, regresando á España en los trenes ordinarios.

Esperamos que en esta ocasión darán los católicos españoles brillante muestra de su amor á la Inmaculada, bajo cuya bandera alcanzó nuestra patria triunfos inmortales.

La ocasión es oportuna, el viaje corto y barato, el tiempo amenísimo en los Pirineos; sólo hace falta que reviva para esta peregrinación el espíritu entusiasta que inflamó la romería de Santa Teresa.

V. P. NULEMA.

## CRONICA DE ROMA.

En los países regidos á la moderna, una crisis ministerial está lejos de ser *rara avis*. Puede asegurarse que pocas palabras son más repetidas en nuestros tiempos por la prensa periódica y por el telégrafo.

Las crisis se suceden como las olas á las olas en el mar alborotado; constituyen casi la vida regular de un pueblo libre.

Lo cual, dado el juego de las instituciones, parece absolutamente indispensable.

Pero como en este juego se atraviesan intereses que representan cantidades considerables, son de notarse el apasionamiento de los principales actores, su extraordinaria ansiedad, su agitación, mientras se verifica la jugada.

La última crisis italiana demostró esto evidentemente.

El ministerio Depretis, de la izquierda, fué derribado por la izquierda. Cuestiones de familia en que el odio es más fuerte, por lo mismo que se encubre con las apariencias de la amistad. Sabido es que la política no tiene entrañas.

No se trataba de ninguna cuestión de principios, sino de saber si Depretis vencería á Cairoli ó Cairoli á Depretis.

La lucha fué encarnizada y duró más de ocho días, en los cuales la agitación y la ansiedad de los políticos fueron grandísimas.

Al fin prevaleció Cairoli, y tendremos ministerio ídem por lo menos hasta Noviembre, el triste mes de los difuntos.

Entonces volverá á sonar la palabra crisis, y volverá á comenzar la lucha y la agitación.

¡Qué felicidad para Italia!

\*\*\*

La Cámara de Montecitorio ha suspendido uno de estos últimos días sus sesiones.

El Presidente quería á toda costa que fuesen votados ciertos proyectos de ley, pero no pudo conseguirlo porque sólo se presentaban en la Cámara unos sesenta diputados, con más deseos de respirar las brisas del Mediterráneo, que de asfixiarse en Montecitorio.

Verdad es que acaso les hubiera rendido la fatiga de votar de prisa y corriendo en las últimas sesiones numerosísimos é importantes proyectos de ley, y entre estos los presupuestos.

Porque es de advertir que la Cámara de Montecitorio se ocupó desde Noviembre en todo lo imaginable, menos en las cuestiones áridas y de números, como por ejemplo la de presupuestos.

Eso sí, hay que hacerle justicia. Tuvo bastante abnegación para aprobar aquellos casi sin discutir.

\*\*\*

Numerosas fiestas ha celebrado Roma este mes á favor de los inundados de la alta Italia.

Se ha bailado, se ha reído, se ha cantado, para socorrer el infortunio, según la costumbre moderna de ahogar el llanto en risa, de buscar hasta en el dolor un motivo de placer.

Ha habido regatas en el Tíber, bailes y juegos artificiales en los *Prati dei Castelli*, carreras de caballos, músicas y funciones acrobáticas en la *Villa Borghese*, representaciones en varios teatros, todo

para aliviar la desdichada suerte de los que han visto arruinadas sus casas, inundados sus campos, perdido el fruto de improbos trabajos.

¿Cómo negar que la caridad festiva se halla por extremo desarrollada entre los italianísimos?

De todas las fiestas, la que más ha llamado la atención fué la celebrada en la magnífica *Villa Borghese*.

El público que asistió á la fiesta, era inmenso; el número de los carruajes, considerable; los diversos espectáculos agradaron mucho. Todos decían: los pobres inundados tendrán ahora una verdadera inundación de oro. Y con efecto, creyóse al principio, después de deducidos todos los gastos, que sobrarían unas 200 ó 300 libras; más ahora, echadas mejor las cuentas, no se sabe si habrá dinero para pagar á todos los acreedores.

Con cuyo motivo algunos periódicos ponen el grito en el cielo, como si no se hubiese conseguido el principal objeto de la fiesta, el de divertirse las gentes.

Y de todas suertes, si no ejercerla realmente, creer que se ejerce la caridad cantando, ó bailando, ó presenciando variados espectáculos, siempre es un progreso.

¡Y qué progreso! No le habrían desdeñado los sensuales romanos del imperio, si les hubiese dado por ser filósofos.

\*\*\*

Otro progreso evidente é innegable se nota en Italia en la estadística de la criminalidad.

Según datos publicados por los italianísimos, entre otros por el profesor Lombroso, este progreso es verdaderamente horrible y va siempre en aumento. Siendo de notar que ya hoy Italia marcha á la cabeza de todos los pueblos de Europa en la estadística criminal.

Y al mismo tiempo que se cometen esos crímenes terriblemente odiosos y salvajes, propios de nuestros tiempos, subsiste todavía la raza de aquellos bandidos italianos célebres en dramas y novelas.

La crónica del mes de Julio nos presenta abundantes ejemplos de estas dos ramas de criminalidad.

Un niño de diez ó once años que asesina á su compañero; una joven de diez y nueve años que dá de puñaladas á otra joven de la misma edad; un marido que sin saberse la causa mata á su mujer y después se suicida; un hijo que maltrata brutalmente á su padre, con otros muchos hechos análogos que registra la crónica de este mes, revelan esa depravación social espantosa que es deshonra de nuestro siglo.

La subsistencia del antiguo banditaje no puede negarse, como lo demuestran infinitos hechos. Todavía en Sicilia se dan hoy verdaderas batallas campales entre carabineros y bandidos, en las que con frecuencia estos últimos no son los peor librados.

Y recientemente ha acaecido el siguiente curioso hecho en el confin de las provincias grasetana y romana.

Un joven capitán de bandidos, ágil, intrépido y audacísimo, de nombre Basili, irritado de haber sido puesta á precio su cabeza y presa su mujer, cometía hacia tiempo actos horribles de ferocidad, al frente de una banda temible, sin poder nunca ser aprehendido.

Uno de estos últimos días se encontró la banda con un pobre segador que volvía á su casa con el pequeño peculio que había podido ganar con el sudor de su frente. Basili intimó con torvo ceño al segador que le diese el dinero que llevaba, y en efecto así lo hizo aquel, presentando las 20 pesetas que poseía. Pero los otros ladrones, movidos á compasión, rogaron á Basili que devolviese el dinero á aquel pobre hombre. El cual, cobrado un poco de ánimo, unió sus exhortaciones á las de los bandidos, diciendo que arrebatarse el dinero era lo mismo que arrebatarse la vida. A cuyas palabras, enfurecido Basili, contestó: si es lo mismo para tí arrebatarte el dinero que la vida, ahora te sirvo. Y disparó un tiro al segador, dejándole muerto en el acto.

Pero casi al mismo tiempo sonaron otros dos tiros, y Basili cayó muerto por los suyos, que no pudieron sufrir su ferocidad.

Todo esto en tiempo de los caminos de hierro, del telégrafo y de la guardia civil, y no á mucha distancia de grandes poblaciones.

\*\*\*



Pronto se alzará en Roma un nuevo templo protestante en el solar del antiguo convento de Jesús y María. Y con el nuevo templo son más de veinte y tantos los que el oro protestante tiene abiertos en la capital del catolicismo.

Lo cual no acáece ciertamente porque en Roma sea grande el número de protestantes, ni porque éstos con su propaganda consigan otra cosa que atraer con dinero á algún infeliz, sino porque se quiere hacer creer al mundo que la ciudad de los Papas se va convirtiendo en Interana y calvinista.

Error grosero que desmiente todos los días el pueblo de Roma con su acendrada fé católica y con el desden con que mira los templos protestantes.

Están estos siempre tan vacíos, que para atraer gente ocurriosele no há mucho á un comerciante de falsa religion, fijar en las esquinas un gran cartel con estas palabras: «El que tenga sed venga á mí,» y en seguida se daban las señas de la capilla evangélica.

Creyeron muchos que se trataba de un nuevo despacho de buen vino, y acudieron, en efecto, á la capilla. ¿Cuál no sería su desengaño cuando en vez de vino se encontraron con el agua envenenada de un sermón protestante?

El pastor estuvo á punto de pasarlo mal, y oyó palabras y vió gestos que no debieron agradarle.

Con todo, uno de estos últimos días ha repetido la funcion, fijando en las esquinas grandes carteles con estas palabras:

«Vosotros, todos los sedientos, venid á las aguas, y los que no teneis ningun dinero, venid y comprad sin dinero y sin precio.»

Debajo de los carteles aparecieron graciosos versos poniendo en ridículo al pastor; pero ¿quién pone esto á la pagada charlataneria de un ignorante?

Ni aun la silba universal.

URBANO FERREIROA.

Roma, Julio 30 de 1879.

## LAS APARICIONES DE MARPINGEN.

### BREVE RELATO DE UN GRAN SUCESO.

(Conclusion.)

El presidente Wolf, que salió de Tréveris el 14 de Julio para proceder á la instruccion de la causa, presentóse en Marpingen acompañado de un secretario, un médico del gobierno, y del burgomaestre señor Wolf, y empezó las investigaciones interrogando al párroco y censurándole por no haber impedido las manifestaciones.

La instruccion del sumario ha durado desde entonces hasta fin de Febrero del corriente año; es decir, la friolera de dos años y medio largos. Y todo este tiempo, todos los trabajos de jueces y polizontes, todo el poder de los protestantes prusianos, no ha servido más que para acusar al párroco Sr. Naureter, á las madres de las niñas y á algunos sacerdotes de estafadores, como pudieran haberlos acusado de regicidas.

Hay en el Código alemán un artículo, el 262, «que castiga con prision y multa al que estafe á otro sirviéndose de maniobras fraudulentas que induzcan á error;» artículo que pareció á las celosas autoridades protestantes hecho como de molde para los defensores de las Apariciones de Marpingen.

Si las niñas, dijeron las autoridades, si las mujeres, si los obreros, si los curas sostienen la realidad de las Apariciones, es para dar importancia á la parroquia de Marpingen, para atraer concurrencia de fieles, para hacerla sitio de peregrinaciones, y por ende de gran movimiento y riqueza; luego resulta clara la estafa que el Sr. Cura y demás feligreses tratan de cometer en provecho propio.

Hecho este razonamiento, desprendíase naturalmente de él como consecuencia lógica, que las niñas gritando que habian visto á la Virgen, no habian hecho más que poner en planta el *medio fraudulento* inventado por el párroco y demás cómplices para estafar al público. En vista de lo cual el fiscal pedía se aplicara al párroco y otras diez personas el artículo 262 en todo su rigor, por considerarles como autores, y á otras diez personas que se las atenuara algo

por considerarles nada más que cómplices. Naturalmente entre estos veintium acusado, no figuraban las tres niñas, á quienes, dada su corta edad, se consideró irresponsables.

Abriéronse los debates el 3 de Marzo de 1879: veinte sesiones se emplearon en oír doscientos testigos de cargo que se habian reunido y veintiseis de descargo, en examinar á los acusados y en poner en claro todas las escenas del bosque de Haertwald.

Los cuatro hombres testigos de la aparicion, se ratificaron en ella; los curados milagrosamente por el contacto con la Aparición ó por el agua de Haertwald, que tambien hay una fuente bendita en Marpingen, se presentaron sanos y buenos trayendo legalizados los testimonios de las enfermedades que padecian ántes de ponerse en manos de las niñas y encomendarse á la Virgen. Los médicos que los asistían declararon dos hechos: primero, que estaban realmente enfermos cuando fueron; y segundo, que estaban completamente sanos cuando volvieron. El gran polizonte Sr. de Meerstechest, no pudo presentar nada que demostrara la confabulacion del párroco y feligreses de Marpingen para *fingir* unas apariciones, ni la investigacion pudo descubrir nada que se pareciera á mala fé, por lo que con gran disgusto de los protestantes y no pequeña satisfaccion de los católicos, el tribunal de Saarbruck ha tenido que absolver á los acusados, quedándose con las ganas de aplicarles el artículo 262 del Código penal.

Tal ha sido el final del proceso de Marpingen, final que demostrando la inculpabilidad de los acusados, ha venido á demostrar la realidad de las Apariciones, de modo que lo que las autoridades alemanas han logrado con su proceso, es precisamente lo contrario de lo que se proponían. Quisieron demostrar que en las escenas ocurridas á principios de Julio de 1876 en el bosque de Haertwald en Marpingen, eran una farsa combinada de curas y beatas, y han tenido que proclamar la inocencia de éstos; quisieron demostrar que el pueblo habia sido engañado y estafado, y no han podido encontrar ni la sombra de engaño, ni mucho menos de estafa; quisieron, por fin, alejar á los fieles del bosque sagrado, y cada día que pasa adquiere mayor extension el culto á Nuestra Señora de Marpingen.

Las autoridades eclesiásticas aún no han dicho una palabra en pró ni en contra de las Apariciones; que la Iglesia, siempre prudente, sabe esperar ántes de dar su fallo; pero como ni el Párroco de Marpingen, que es la autoridad local, ni el Obispo de Tréveris, de quien depende, han prohibido el acceso al Bosque Sagrado en la invocacion á la Virgen, los piadosos fieles siguen concurriendo á él y encomendándose á Nuestra Señora de Marpingen.

La imagen de ésta ha sido dibujada por el profesor Deger segun las indicaciones de las niñas, y esta imagen circula con profusion por Alemania con la sencilla invocacion siguiente: «Nuestra Señora de Marpingen, rogad por nosotros.»

La Virgen y el Niño están representados como los hemos descrito; vestidos de blanco, coronados ambos y estrechando el Niño entre sus manos una cruzcita que mira con amor. En cambio la Madre tiene los ojos medio cerrados, como en actitud de recogimiento, é inclina su cabeza sobre la de su divino Hijo.

No sólo la imagen, sino varios libros y folletos escritos por ilustres publicistas católicos (1), é impresos con licencia de la autoridad eclesiástica, van llevando por Alemania y Francia la devocion á Nuestra Señora de Marpingen, y haciendo popular la historia de sus Apariciones, que no teme un escritor en calificar «como la más hermosa historia de la misericordia de María.»

En efecto, conmovedora es la lectura de las descripciones que de la belleza y bondad de la Santísima Virgen hacen las niñas videntes, la misericordia con que se dedicaron días y noches á servir de intérpretes y guías á los muchos enfermos que á ellas acudían para que trasmitieran sus peticiones á la Madre del Amor Hermoso, y la sencillez y dulzura con que á pesar de la fatiga desempeñaban su comision, hasta que los soldados prusianos se lo impidieron.

(1) Han escrito en alemán el Doctor Thoemes, *Las Apariciones de Marpingen*; el Abad Cramor, *Una visita á Marpingen*, y un francés anónimo, una especie de compendio, titulado: *Nôtre-Dame de Marpingen*, con aprobacion del Obispo de Tournai.

Pero lo más notable, es que cuando estos ocuparon militarmente el bosque y el pueblo, las niñas continuaron disfrutando de la presencia de la Reina del cielo; que se les aparecía, bien en el camino, bien en la escuela, bien en la Iglesia, bien, por último, en la casa de correccion en que los protestantes las encerraron.

Catorce meses, segun declara bajo su firma el Párroco Sr. Naureter, duraron las Apariciones; es decir, desde Julio del 76, hasta Setiembre de 1877. En este tiempo puede decirse que las afortunadas niñas se familiarizaron con el cielo, porque vieron, no sólo á su soberana Reina, sino á gran parte de su corte. Rodeada de espíritus angélicos unas veces, otras acompañada de almas santas, aparecíaseles la Virgen casi todos los días de los catorce meses, y al despedirse de ellas el 3 de Setiembre, les dijo: «Rezad mucho;» palabra que ha quedado tan grabada en los corazones de las tres niñas, que desde entonces puede decirse no hacen otra cosa. Las tres viven como ángeles; las tres han crecido de tal modo en las virtudes, que segun dice un observador atento, basta verlas para convencerse de la realidad de la Aparicion. Y decimos las tres, porque Susana Leist que quedó en seguida privada de su celestial presencia al cabo de un mes de angustia y tormento, tuvo la dicha de volverla á ver, y siguió viéndola como sus compañeras los trece meses restantes.

Con tan celestiales visitas no es extraño que las tres favorecidas hayan crecido en piedad de un modo tan extraordinario, que asombren y edifiquen á cuantos tienen la dicha de verlas. Su humildad es tan grande, que segun dice un testigo, nunca hablan de las Apariciones si no se les manda, en cuyo caso contestan á lo que les preguntan, con una modestia, con un recogimiento y un fervor muy superiores á lo que de su edad puede esperarse.

Una de ellas, Margarita Kuntz, cayó gravemente enferma; el Párroco, que tan bien la conocía, para consolarla y animarla la admitió á la primera Comunión, y prometió administrársela á modo de Viático, aunque no tenia la edad requerida. La niña, contentísima, hizo que preparasen un altar al lado de su cama, y pocos momentos ántes de que entrara el Rey de los reyes en su pobre morada, vió de nuevo á su Santísima Madre, vestida con un traje de deslumbradora blancura. Margarita comulgó con fervor, y en seguida pidió á la Aparicion le permitiera hacer lo que á los demás enfermos, tocar su pié para curarse. Consintiólo la Madre de Dios, y desde aquel día la moribunda niña ha vuelto á la vida.

En cuanto á los efectos causados en el pueblo alemán por las Apariciones de Marpingen, nada diremos por nuestra cuenta; nos limitaremos á traducir lo que el autor del excelente opúsculo francés titulado *Nôtre-Dame de Marpingen* (1) dice; hé aquí sus palabras: «Más de quinientas personas, ántes enfermas, dán ahora gracias á Dios y á Nuestra Señora de Marpingen, por su curacion. Millares de almas que han conocido tales maravillas, arden en fervor; y ya se conocen, como hemos dicho ántes, sinceras y numerosas conversiones. Los habitantes del pueblo van con más celo á la Iglesia y reciben los sacramentos con mayor frecuencia. La cifra de comuniones dada á los peregrinos, es enorme; como que cada distribucion, de las que se hacen varias cada mañana, dura con frecuencia más de una hora.»

La Iglesia no ha hecho todavía ninguna declaracion en favor de las Apariciones de Marpingen: nosotros tampoco queremos anticipar su fallo, que fuera necia presuncion; más como por los frutos se conocen los árboles, y los que se recogen en Marpingen son frutos de piedad, misericordia y bendicion, nos hacen confiar en que pronto no sólo los católicos alemanes, sino todos los del mundo, invocarán á Nuestra Señora de Marpingen con la misma confianza que hoy ya todos invocan á la Inmaculada Virgen de Lourdes.

Y para que el día que esto suceda sepan los españoles, tan amantes de las glorias de María, lo ocurrido en Marpingen, y no sean los últimos en invocarla, hemos dedicado á LA ILUSTRACION CATOLICA estas líneas para que sirvan como de cuadro á la imagen que presentamos á nuestros lectores.

FRANCISCO HERNANDO.

(1) Pág. 204.



## LA FUENTECILLA AMBICIOSA.

(FÁBULA.)

Clara y fresca al pié de un sáuce  
Del fondo de blancas guijas,  
Entre lavadas arenas,  
Brotaba una fuentecilla.  
A la sombra de las flores  
En las márgenes nacidas,  
Sobre las yerbas del césped  
Sembrado de margaritas,  
La fuente se deslizaba  
Y el paso veloz torcia  
Por la pradera adelante.  
En sus aguas cristalinas  
Pájaros, yerbas y flores  
Mirábanse con delicia,  
Y aromas mil perfumaban  
En torno la dulce brisa.  
Bandadas de mariposas  
Juguetonas acudian,  
Revoloteando, á la fuente;  
Y pintadas avecillas,  
Entre trinos y gorjeos,

En sus cristales bebían.  
Palomas enamoradas,  
Semejantes á barquillas  
Que por el mar se pasean,  
Las cabezas sumergían  
En las aguas de la fuente,  
Y, entre arrullos y caricias,  
Dejábanse ir agua abajo  
Por la corriente impelidas.  
Favonio galán rizaba  
La superficie tranquila  
De las aguas transparentes.  
Zagalas las más garridas  
Llenaban agua en la fuente,  
Las rosas de sus mejillas  
Con el líquido regando.  
No había más que sonrisas  
Para la fuente en el valle.  
El sáuce al verla, decía,  
Siempre corriendo, corriendo:  
«No corras, no, fuentecilla,  
De tu patria no te alejes,  
Mira que es falsa la dicha  
Que esperas lograr, saliendo  
Del valle que te cobija.»  
«Calle el viejo, contestaba

La inexperta fuentecilla,  
Y guarde rancios consejos  
Para quien quiera y los pida:  
Yo hace tiempo me voy sola.»  
Y cual descastada hija  
Siguió corriendo, corriendo,  
Sin saber á donde iba.  
Hollando la verde grama,  
Alegre, rápida, erguida,  
Muy pronto salió del valle,  
Y dábale tanta prisa  
Por de su patria alejarse,  
Que sin saber lo que hacía,  
Se arrojó desde lo alto  
De peña resbaladiza.  
Siente el dolor la cuitada,  
Y con el golpe se irrita;  
Ruge, y de blanca espuma,  
Todo lo llena y salpica.  
No sin murmurar la calma  
Recobra, y una balsita  
Formaba con sus despojos  
Al pié de la peña dicha.  
«Descansad aquí en mis ondas,  
Buena madre,» la decía;  
Mas desdeñosa la fuente,



VISTA DE CASTEL-GANDOLFO.

Vuelve la cabeza altiva,  
Y sin dignarse mirarla,  
De nuevo á correr principia.  
No lejos de allí, entre juncias,  
Un riachuelo corría.  
Voló á su encuentro la fuente,  
Penetró por una orilla,  
Y confundió sus cristales  
Con las cenagosas linfas.  
Ya no hubo para la fuente  
Yerbas, flores, ni avecillas;  
Ninguno volvió á mirarse

En sus aguas cristalinas;  
Ni los alados cantores,  
Ni las palomas blanquísimas,  
Ni el ambiente perfumado,  
Ni las olorosas brisas  
Tornaron más á la fuente.  
En el arroyo escondida  
Se precipitó en un río.  
Empujó á la pobrecilla  
El río sin miramientos,  
Y de caída en caída,  
Corriendo, siempre corriendo,

Llegaron á unas marismas,  
Y allí fuente, arroyo y río,  
Hallaron su tumba fría.

*Tal sucede al inexperto  
Que el plácido hogar olvida,  
Y en el torrente del mundo  
La ambición lo precipita.*

M. POLO Y PEYROLON.

Tarazona 6 de Julio de 1879.



## UNA VISITA AL SEPULCRO

DE  
SANTO DOMINGO DE GUZMAN.

Para conmemorar dignamente la fiesta de Santo Domingo, que celebró hace tres días la Iglesia, habíamos pedido á Bolonia una vista del sepulcro del Santo Fundador, que deseamos reproducir en LA ILUSTRACION CATOLICA para darlo á conocer y divulgarlo en nuestra patria. Sin perjuicio de hacerlo cuando nos llegue el dibujo, para no dejar pasar en silencio la fiesta de este gran campeón de la Iglesia y ornamento insigne de España, recordaremos aquí nuestras impresiones cuando hace tres años visitamos el maravilloso sepulcro de Santo Domingo de Guzman, que aunque situado en tierra extranjera, es un monumento español por las santas y venerables reliquias que guarda.

Hállase tan rico tesoro en la iglesia de Santo Domingo de Bolonia, que es un espacioso templo de tres naves, de estilo greco-romano, rodeado de capillas, y que conserva como restos de su magnificencia pasada, ricos altares con cuadros y esculturas de notable mérito artístico.

Lipo Dalmasio tiene allí una preciosa Virgen, que recuerda las imágenes místicas del siglo xv; Guercino una majestuosa pintura de Santo Tomás escribiendo sobre la Eucaristía; Felippino Lippi, un cuadro encantador, que representa el casamiento místico de Santa Catalina, que puede rivalizar con el de Corregio; Carraccio ha dejado un San Raimundo pasando el mar sobre su manto, peregrina composición llena de gracia y majestad sobrehumanas; frente á la tumba de Enzius, hijo de Federico II, se contempla un retrato de Santo Tomás, que pasa por auténtico, y en el coro se admiran las primorosas tallas de dos monjes Dominicos, Fr. Damiano y Antonio Asinelli, eminentes artistas del siglo xv, que están demostrando la laboriosidad y el génio de los cláustros, tan calumniados por la cínica ignorancia de los enemigos de los frailes.

Pero la joya inestimable, el tesoro de la piedad y del arte en esta iglesia dominicana, es la sexta capilla de la nave derecha, consagrada al Santo Fundador. Una grandiosa verja de hierro cierra el gran arco de ingreso, desde donde se contempla la espaciosa capilla de estilo greco-romano, atribuida al monje Terribilia, rica y espléndida por sus brillantes mármoles, sus artísticas esculturas y sus cuadros magistrales y bellos. En los muros laterales campean los de Tiarini y Lionello Spada, que representan el niño resucitado el primero, y Santo Domingo quemando los libros de los herejes el segundo; obras notables que, á pesar de las escasas luces con que se contemplan, brillan con la vigorosa entonación del pincel de sus autores. En el fondo de la capilla se abre el ábside con diez ventanas rectangulares en los intercolumnios áticos, en la cúpula la gloria del Santo pintada por Guido Reni, y en medio el altar sobre que se asienta la urna sepulcral de Santo Domingo.

Sea por la veneración con que me acerqué á este sepulcro, sea porque real y verdaderamente es obra sin rival en su género, bien puedo asegurar que me quedé asombrado al contemplarle. Nicolás

de Pisa, autor de la famosa Cátedra del bautisterio de su ciudad natal, fué quien labró este sepulcro por los años de 1231, ayudado de su compatriota Agnelli. La escultura, que sin perder aún la severidad y el misticismo de la Edad Media, comenzaba á recibir las lecciones de la antigüedad clásica, tan atenta á la perfección de la forma, aparece en este magnífico sarcófago de mármol blanco en toda la lozanía de su inspiración fecunda y de su gusto delicado y puro. Juzgar esta obra con detenimiento, sería escribir la historia del arte italiano en el siglo xiii, y aún más la historia prodigiosa de Santo Domingo, de donde están tomados los asuntos de sus bajo-relieves.

De rodillas ante el sepulcro, fija la vista en sus primorosas esculturas, pasé más de una hora meditando en las grandezas y glorias del español insigne, del enamorado siervo de Dios, santo campeón de la fé cristiana, dulce á los suyos y á los enemigos terrible (*il santo atleta benigno à suoi, ed à nimici crudo*), en expresión del Dante, del excelso maestro y fundador insigne de la Orden esclarecida de los Padres Predicadores.

¡Con qué encanto repetía yo desde aquel sitio, á quinientas leguas de mi patria, los versos intraducibles del Dante, en que este génio sin rival de la poesía cristiana describía la cuna de Santo Domingo de Guzman!

«In quella parte, ove surge ad aprire  
Zeffiro dolce le novelle fronde,  
Di che si vede Europa rivestire,

veces la nodriza le encontró echado en tierra, callado y despierto, como si dijese: para esto he venido (*io son venuto a questo*), para velar y orar.

«¡O padre suo veramente Felice!  
¡O madre sua veramente Giovanna,  
Se'interpreta val come si dice!»

Las glorias de Santo Domingo son glorias de España, y por esto, al pié de su sepulcro, sentí como nunca el noble amor de mi patria. ¿Cómo en aquella solitaria capilla, á la tibia luz de la lámpara que ilumina el blanco sepulcro del Santo, no abismarse en recuerdos y reflexiones vivísimas? ¿Cómo no trasladarse en espíritu al siglo xiii, y asistir á la gran batalla y esclarecido triunfo de la Iglesia contra los errores que la soberbia humana produjo para malograr las conquistas de la civilización cristiana?

Aseguro que ante el sepulcro del gran campeón que dirigió y organizó la cruzada de la ciencia católica contra la pravedad herética de los paulicianos y albigenses; ante el altar donde se veneran sus reliquias, como tesoro de santidad que los siglos han respetado y los sabios del mundo han bendecido; ante el recuerdo vivo de Santo Domingo de Guzman, que despreciando las vanas pompas del siglo, puso todo su pensamiento y alma generosa en formar el entendimiento y el corazón de sus hermanos, predicando con la palabra de la sabiduría y el ejemplo de la santidad las doctrinas y máximas del Evangelio, para dirigir á los pueblos por los caminos de la vida eterna, experimenté emociones indescriptibles,

que en vano intentaría expresar con la palabra. Veía yo brotar de aquella urna maravillosa, como de una fuente del cielo, los raudales de santidad y doctrina:

Onde l'orto cattolico  
si riga,  
Siche i suoi arbustelli  
stan più vivi;

y veía levantarse á la sombra de estos fecundos arbustos de la Orden dominicana, las cátedras más doctas que han tenido las escuelas cristianas para la enseñanza y propagación de la ciencia de Dios. Del fondo de la urna, como de un jardín brotan las flores en la primavera, veía salir los innumerables sabios y santos que en distintos siglos y naciones han esparcido el aroma de Santo Domingo por toda la redondez de la tierra. Los hijos de Santo Domingo fueron legion escogida de santos y de mártires,

que en las ciencias y en las artes, en la soledad de los cláustros y en el tumulto de las revoluciones, dieron siempre ejemplos admirables de profunda sabiduría y angélicas virtudes.

Sumido en esta meditación pasé buen rato sin acordarme de mirar otra cosa que la tumba del Santo Fundador. Por fin volví la vista á mi alrededor, y hallé junto á mí un fraile dominico, que parecía estar espionando mis sentimientos y mis oraciones. Con respeto y con cariño me acerqué á él, como si su hábito fuera para mí título de paisanaje, y le pregunté por el convento donde Santo Domingo vivió y murió, consagrándole con sus virtudes y sus reliquias. El fraile me miró con tristeza, y me dijo casi sollozando:—Yo no soy más que un pobre lego encargado de cuidar de la iglesia y de la capilla del Santo; los Padres han sido arrojados de sus celdas, y el convento está convertido en cuartel de la Milicia Nacional italiana.—Fácil es de comprender el efecto que me causó la noticia. Hacia pocos días que en Asís había visto solitario y triste el sepulcro de San



LA VILLA RICASOLI EN FIESOLI,  
residencia actual del R. P. Prepósito de la Compañía de Jesus.

Non molto lungui al percuoter dell'onde  
Diestro alle quali per la lunga foga  
Lo Sol tal volta ad ogni uom si nasconde  
Siede la fortunata Callaroga.»

Nuestra es la cuna de Santo Domingo, en nuestra tierra brotó esta flor maravillosa del jardín de Jesucristo, y bajo nuestro cielo se desarrolló inundando la cristiandad con el aroma de sus virtudes. Cuando en el segundo bautismo la fé y él se desposaron, dice el Dante, mutuamente se prometieron la salud, y la madrina, que en nombre suyo daba el consentimiento, vió en sueños el maravilloso fruto que habian de dar él y sus herederos. (*Vide nel sonno il mirabile frutto—Ch'uscir devea di lui e delle rede.*) Para que su nombre respondiese á su naturaleza, continúa el cantor de las maravillas de la Religión, un ángel bajó del cielo á nombrarle con el nombre mismo del Señor, *di cui era tutto*. Fué llamado Domingo, y él fué el jardinero escogido por Cristo para ayudarle á cultivar su jardín. Muchas



Francisco, y ahora miraba abandonado y triste también el sepulcro de Santo Domingo. Los vínculos que unieron siempre á estos dos siervos del Señor y á sus hijos los dominicos y franciscanos, han unido también el sepulcro de tan eximios varones. San Francisco y Santo Domingo comenzaron su vida pública por una peregrinación á Roma; uno y otro buscaron la gloria eterna por los caminos de la caridad y de la ciencia; solo que Domingo enseñó á sus discípulos la ciencia de la caridad, y Francisco dió como norma de vida á los suyos la caridad de la ciencia; uno y otro vieron brillar en sus claustros las dos más grandes lumbreras de la filosofía cristiana, Santo Tomás y San Buenaventura, y uno y otro, por fin, sienten hoy sobre sus sepulcros los estragos de la revolucion, que ha dispersado á sus piadosos hijos y dignos guardadores.

¡Aún la celda de San Francisco está desierta, pero la de Santo Domingo convertida en cuerpo de guardia!

Afligido por esta idea que atormentaba mi corazón como español y como cristiano, me acerqué por última vez á la urna sepulcral, apoyé mi frente sobre aquel mármol que hallé tierno y suave como el pecho de un amigo, y arrasados los ojos de lágrimas, me retiré de Santo Domingo, cuando ya los primeros velos de la noche habían comenzado á poblar de sombras los tristes y solitarios pórticos de Bolonia.

M. PEREZ VILLAMIL.

## LOS GRABADOS.

*El Conde Alberto de Mun, pág. 33.*

Estamos seguros de que nuestros lectores se gozarán en poseer el retrato del valeroso campeón del catolicismo en Francia, cuyos elocuentes discursos hallan eco en todos los países del mundo. A estas horas no hay periódico católico en la cristiandad que no honre sus columnas con el que acaba de pronunciar en defensa de la enseñanza religiosa, amenazada de muerte en Francia por los proyectos de Mr. Ferry.

El conde Alberto de Mun tiene treinta y siete años, y ha sido capitán de caballería, carrera muy adecuada á su génio batallador, que abandonó cuando la revolucion descarada y fiera se apoderó de Francia.

Consagrado á la defensa de las buenas ideas, el intrépido Conde no abandona nunca la brecha, resistiendo con entero corazón y abnegación de mártir el fuego implacable de los enemigos de la Iglesia. Ha sido diputado, y si hoy no lo es, debe atribuirse á las arbitrariedades de sus enemigos, los cuales procuran alejar de la tribuna francesa la voz enérgica y franca del conde de Mun, para no verse arrollados por su elocuencia vigorosa y por su lógica inflexible.

Pero la gran obra del conde de Mun no es fruto de su admirable elocuencia, sino de su actividad infatigable y de su celo por la salvación de Francia, á quien son debidos los Círculos de obreros, extendidos por la nación vecina como avalancha poderosa contra las huestes del socialismo.

Alberto de Mun es el capitán de esa noble milicia, la cual está pendiente de su voz con la docilidad de la más rigurosa disciplina. Cuando el Conde pronuncia uno de esos famosos discursos, las salas del Círculo son estrechas para contener la multitud que acude á recoger aquellos nobles acentos inspirados en el amor de Jesucristo. Bien puede decirse, sin rebajar á nadie, que el conde de Mun por su noble alcurnia, por su claro talento, por su energía incontestable, por su entusiasmo ardiente, por su elocuencia arrebatadora, y hasta por su exterior noble y simpático, es una de las más hermosas figuras que hoy tiene la nación vecina, y una también de sus mayores esperanzas.

Ahora acaba de salir de París con objeto de recorrer varias poblaciones de Francia, donde se propone excitar con su palabra el sentimiento católico para hacer frente á los proyectos de Mr. Ferry.

La prensa impía observa con este valeroso campeón la conspiración del silencio, y estamos seguros de que los numerosos lectores de la prensa liberal de España no habrán oído jamás pronunciar este nombre.

Hé aquí por qué nos gozamos en dar á conocer en LA ILUSTRACION CATOLICA estas nobles figuras, contribuyendo así á divulgar con el retrato el nombre de los católicos insignes que ocupan puesto de honor en las filas de los defensores de la Iglesia.

El retrato del conde de Mun se publica por primera vez en España.

\*\*\*

*Vista de Castel-Gandolfo, antigua residencia de verano de los Papas, pág. 36.*

Este año, como en el anterior, los periódicos italianísimos propalan la noticia de que Su Santidad León XIII piensa trasladarse, durante la estación de la malaria, al palacio de Castel-Gandolfo.

La noticia, que el año anterior causó algun efecto entre los incautos, ahora casi ha pasado inadvertida. Nuestro Santísimo Padre permanece encerrado en el Vaticano, porque no puede pisar, despojado de su corona real, las calles de la Ciudad Eterna, patrimonio de San Pedro.

Prueba manifiesta de esta decision es el hecho de permanecer durante el estío, sufriendo el rigor del clima malsano de Roma, cuando á veintinueve kilómetros de la ciudad, saliendo por la famosa *Via Appia*, se encuentra situado sobre el pintoresco lago de Albano el palacio llamado *Castel-Gandolfo*, de que ofrecemos una vista á nuestros lectores, tomada del natural por un joven pensionista español.

Todos los sitios que lame con sus aguas el lago de Albano, son encantadores: Aricéa, que refleja en las tranquilas aguas el magnífico palacio de los Chigi; Frascati, donde está situada la *Villa Aldobrandini*, que pertenece á los Borghese; Tusculum, inmortalizado por Ciceron, y Marino, con hermosa catedral al gusto romano. Pero á todos estos lugares domina por su posición y por sus bellezas *Castel-Gandolfo*, población de 2,000 habitantes, con magnífica iglesia que guarda pinturas de Cortona y de Maratta, y el palacio pontificio levantado por Bernini.

Hace ya diez años que permanece cerrado, como en señal de profundo duelo por el cautiverio de los Papas.

\*\*\*

*Villa Ricasoli en Fiesoli, residencia del R. P. Preposito general de la Compañía de Jesus, pág. 37.*

Hé aquí otro lugar de Italia que se ha hecho notable desde la entrada de las tropas piamontesas en Roma. Y, sin embargo, esta casa que para alguno que otro alucinado sectario, es el centro de la red de maniobras y cábalas que se extiende por todo el mundo, en realidad no alberga más que á unos pocos ancianos, ocupados únicamente en dirigir la campaña ó lucha espiritual que tienen trabada con los enemigos de Dios y de su Iglesia, los individuos de la Compañía de Jesus. Puesto su pensamiento en el cielo, poco se cuidan de la gritería, de las calumnias y persecuciones de que son objeto. Saben que se las han con un enemigo que no se vence sino con la paciencia, con la abnegación y con el ejercicio de las virtudes cristianas. Por esto, á ejemplo de su santo Fundador, no esperan la paz y la corona de su vencimiento sino después de la muerte.

La *Villa Ricasoli* está situada en Fiesoli, á una legua de Florencia, en un lugar amenísimo por sus bellos jardines adornados conforme al estilo toscano. Saliendo de la capital por la antigua carretera de Fiesoli, se divisa muy pronto esta casa, que un día perteneció á los Médicis, según lo atestiguan aún los escudos de armas que resaltan de sus paredes. Sirvió después de convento á PP. Jerónimos, que han dejado en su capilla notables recuerdos artísticos.

El actual Preposito general es el P. Beckx, anciano octogenario que conserva en su avanzada edad las dotes de espíritu necesarias para regir á maravilla la Compañía de Jesus en medio de las borrascas de la revolucion moderna.

La residencia de Fiesoli, que los sectarios llaman «la capital de los jesuitas», debe ser para nosotros, compatriotas de San Ignacio, un monumento querido, enlazado por venerables vínculos con la cueva de Manresa y el Santuario de Loyola.

V.

## EL ANGEL Y EL NIÑO.

A LA SRA. M. DE P.

EN LA MUERTE DE UN HIJO.

Sobre blanca cuna flota  
Un ángel radioso y bello,  
Parece mirar su imágen  
De una fuente en el espejo:  
«Niño encantador, exclama,  
Vente conmigo, volemós,  
Que indigna de tí es la tierra,  
Huyamos de ella muy lejos:  
No anida aquí la alegría,  
Y el alma vive sufriendo:  
El grito de la tristeza  
Suenan en pos del de contento,  
Que aún de los mismos placeres  
Es el pesar como el eco.  
Sí, tu frente pura, hermosa,  
Ajará el dolor acerbo,  
Y lágrimas de amargura  
Quemarán tus ojos bellos.  
¡Oh! no, no; vente conmigo,  
El espacio atravesemos,  
Que la Providencia quiere  
Trocar en un día eterno  
Los que en el mundo debiste  
Contar por amargos duelos.  
Sí, que nadie en tu morada  
Llore ni vista de negro,  
Ángel hermoso, que todos  
Acojan tu postrer sueño  
Con la alegría que el mundo  
Acojió tu nacimiento.  
Cuando uno es como tú, puro,  
De esa edad bajo del velo,  
Es siempre el último día  
El más hermoso y risueño.»  
Y el ángel sus blancas alas  
Por el espacio tendiendo,  
A los ámbitos celestes  
Ráudo remontó su vuelo.  
—¿Quién podrá secar tu llanto,  
Pobre madre? ¡Tu hijo ha muerto!  
Si bálsamo necesitas  
En tu amargo desconsuelo,  
De la celestial María  
Mira el desgarrado pecho,  
Cuando á Jesus contemplára  
Morir sobre el duro leño!

JOSÉ S. DE URBINA.

Madrid, Julio de 1879.

## CRISTINA.

NARRACION

POR RAMON SEGADE.

—Nada más natural... Así, pues, una vez que me das carta blanca para hacer y deshacer, determino comenzar ahora mismo; por lo tanto, puedes escribir ya á Fernando, diciéndole que hemos dispuesto abandonar esta aldea dentro de unos días, nada más que los precisos para arreglar lo material del viaje: ¿estás conforme con esta resolución?

—Bien, Adela; y siguiendo tu consejo voy á escribirle. Y diciendo esto entró en su gabinete; y Adela salió también á dar las órdenes convenientes para llevar á cabo su proyecto con aquella viveza propia suya y que tanto distinguía su carácter.

IX.

ACLARACIONES Y RESOLUCIONES.

Dejemos, pues, á Cristina y Adela entretenidas en el arreglo de su viaje, y trasladémonos al lado de Fernando, pues aun cuando la distancia es grande, el recorrerla no debe inspirarnos temor, porque podemos hacerlo sin peligro de sufrir algun contratiempo desagradable entre las paredes de una diligencia, ó sobre los raíles de esta ó la otra locomotora, cosa por cierto más fácil y hacedera en el tiempo en que vivimos, que el de llegar en paz, buenos y



sanos, al término de nuestra caminata. Aprovechando, pues, esta ventaja, veamos lo que pasa en casa de nuestro héroe penetrando hasta su misma habitación.

Sentado estaba Fernando sosteniendo un animado diálogo con Jacinta, sentada también á muy pocos pasos de él. En lo animado del semblante, en la fuerza y viveza de sus palabras, y en su actitud y apostura, revelaba al pronto que había recobrado la salud y se hallaba en el término de su convalecencia. Así era la verdad, que confirman mejor que nada sus propias palabras; oigamos lo que á Jacinta decía:

—No temas que la conversacion me fatigue; me encuentro bien: tengo la cabeza completamente despejada, y me siento con fuerzas bastantes para salir de este encierro.

—No tan pronto como os imagináis, pues el médico aún no os ha dado licencia para salir; no estais dado de alta y hay que aguardar á que lo determine.

—Como siga de esta manera unos cuantos días, no esperaré la licencia del doctor. Aquí me aburro, Jacinta... Y mi imaginacion, que ya sabe usted cuán loca es, no me deja un momento; y á propósito de esto, hace un instante que al verme sólo estaba martirizándome á mí mismo evocando sucesos é historias de otros tiempos y otros lugares.

—Esq es, añadió Jacinta, recuerdos cuya memoria no debe usted renovar para nada, puesto que no tienen importancia, ni son tales cual se había usted figurado.

—No dá usted en lo que pensaba; pues veo que usted se figura otra cosa muy distinta. En lo que yo pensaba era en mi pueblo, en los primeros años de mi juventud, en tantas horas felices como las que pasaba al lado de mis amigos y compañeros en los sitios que con preferencia elegíamos para nuestras excursiones... ¡Si viérais con qué claridad veía yo todo esto, cómo á la vez se alegraba y se entristecía mi alma!... Los juegos, ideas y pensamientos que en aquella edad forman nuestra existencia, me llenaban de alegría, pero la pérdida de tan bellos sentimientos me entristecían... ¡Ah! qué pronto desaparece todo esto, y cómo el tiempo convierte tantas cosas que entonces pensábamos en humo que el viento disipa...

—Por eso tengo como un mal formarse ilusiones; vivir así en perpétua infancia; yo puedo asegurar á usted que nunca me alimenté de quimeras, que por ahí las gentes sencillas suelen llamar *sueños de oro*... (Pero temiendo Jacinta haber dicho demasiado que pudiera desmerecer en el concepto y á los ojos de Fernando, añadió en el tono más dulce que supo y pudo): sin que por eso haya dejado de sentir las tiernas expansiones del corazón...

No hizo gran aprecio Fernando, al parecer, de las últimas palabras de Jacinta, y siguiendo la hilación de su propio pensamiento, continuó diciendo:

—Sin embargo, por más que se diga y se repita, y yo mismo lo sienta así al pronto, no es verdad que al desvanecerse las ideas, los pensamientos y aún los proyectos que formamos en los primeros días de la juventud, los olvidemos hasta creerlos sueños irrealizables; muy por el contrario, lo que hacemos es volver á entretenernos en ellos con más insistencia si cabe. Hoy mismo, le diré á usted, Jacinta, con franqueza, entre los proyectos que bullían en mi mente cuando llegó usted, era llevar á buen término uno que de continuo entonces me asediaba. ¿Sabeis cuál era, Jacinta?

—Deseo que me lo diga usted.

—Pues era, mi bella enfermera, retirarme á una completa soledad, y entregado al estudio, olvidarme de todo cuanto en el mundo existe.

—Eso es, á pasar plaza de misántropo, y de egoísta por añadidura... Vamos, vamos, su proyecto de usted me dá risa... Ahora conozco que debe usted salir cuanto antes de esta prision, á respirar el aire y ver ese mundo con quien usted quiere reñir tan descomunal batalla; si no mucho, me temo que salga usted convertido en un barbudo ermitaño.

—Tal saldré seguramente, porque el mal que me tuvo preso en el lecho tanto tiempo, y el cruel desengaño que hercibido, ha dado vida á mis antiguos propósitos, revelándome que las llamadas ilusiones de los primeros años, son las que merecen el nombre de realidades, y no las que por lo general damos este nombre, que ellas son á la verdad bien tristes...

—En lo que acaba usted de decir, he observado

que ha hablado usted de no sé qué desengaño recibido, que no alcanzo á adivinar.

Jacinta demasiado sabia á qué aludían aquellas palabras, pero buscaba una ocasión que le llevase á donde tenía puestos sus fines, y le abriese camino. Un tanto preocupado Fernando con sus proyectos, ó deseando también *ahondar la cuestion*, como se dice al uso parlamentario, replicó:

—Quiero referirme, Jacinta, á mi desventurado amor. ¿Lo ha olvidado usted?...

—Ya comprendo, quiere usted hablar de Cristina; pero ruego á usted que no volvamos sobre esto; recuerde usted lo que ha pasado, violentando tan sin fundamento el sentido de mis palabras...

—No tema usted nada por ese lado; he olvidado para siempre á Cristina.

—Felizmente todos los propósitos de los amantes no duran más de un día; si así no fuera, no me perdonaría nunca la parte de culpa que en esto podría tener... Dijo Jacinta con un sentimiento hipócrita que la denunciaba á otros ojos que no estuvieran tan obcecados como los de Fernando.

—No dude usted por un momento de mi resolución; no quiero ver ni acordarme que ha existido en el mundo una mujer que de tal manera me ha engañado; es una resolución irrevocable.

—¿Pero qué habeis oído de Cristina (y demos así nombre á las cosas y á las personas) para tomar tan precipitada resolución? Vamos á ver, ¿qué engaño es ese, qué delito tan grande ha cometido?...

—Una sola palabra basta á veces, Jacinta, para adivinar toda una historia. Es verdad que usted nada más me ha dicho sino que tuviera un amante; pero esto ha sido más que suficiente para que yo adivinara el resto. Las jóvenes que tienen varios amantes, no dan pruebas de gran juicio.

—No sea usted exagerado: Cristina no creo yo que obrase tomando cariño más ó menos vivo á un hombre, y luego, conociendo que este hombre no era digno de ella, olvidándolo para siempre.

—Es decir, que ahora afirma usted, Jacinta, que el amor de este hombre era correspondido por Cristina...

—Yo, Fernando, nada afirmo ni niego; no hago más que referir lo que en el pueblo se decía, y se comentaba en los círculos de algunas amigas y conocidas.

La conversacion fué alargándose y versando siempre sobre el mismo tema: aquella mujer maliciosa, con fingido sentimiento por un lado, y con suavidad intencionada por el otro, inventaba cuanto podía falsas historias y lances imaginarios sobre la vida de Cristina, muy al caso todas para remachar el clavo, como se suele decir, de modo que diese al traste con el amor que Fernando sentía por ella. En conclusion, nuestro héroe dió fin á aquella plática con las siguientes palabras:

—Ruego á usted, Jacinta, que no hablemos más del caso y que dejemos en paz á Cristina.

—Quédese, pues, este asunto así, aunque yo bien quisiera aclarar algunos puntos mal entendidos y peor interpretados para descargo de mi conciencia; pero tiempo y ocasión habrá en adelante.

—Ahora cúmplame á mí decir que no podré nunca olvidar los muchos cuidados que me ha prodigado usted durante mi enfermedad; ha sido usted una enfermera amable y cariñosa, y estoy por asegurar que debo á usted los progresos que he hecho en mi convalecencia.

—Me confunde usted con tantos elogios, y no sé cómo corresponder á ellos.

—Conservando, Jacinta, el recuerdo del que le ha causado á usted tantas fatigas y tantas horas de insomnio.

Jacinta, con los elogios que le había prodigado Fernando, había rejuvenecido no sabemos cuántos años. Su semblante, pálido é inmutable siempre, se trasformaba visiblemente tomando un color sonrosado, y hasta sus ojos se animaron y la sonrisa asomó á sus labios; sonrisa que á no ser de ella se podría decir que era franca y sincera; todo esto era debido á que la esperanza había reanimado á aquel corazón marchito. Fernando pareció notar aquella repentina variacion, y tomándola por modestia, se apresuró á decir:

—Yo bien conozco, Jacinta, que estos elogios la mortificarán á usted, pero ellos son justos y no podía callarlos sin llevar la nota de ingrato.

—Son para mí muy gratas todas esas alabanzas

que usted me prodiga; pero en lo que he hecho no encuentro yo mérito alguno, porque justamente ninguna cosa hago con más gusto que ejercer el oficio de enfermera.

—Mayor mérito tiene usted entonces, pues revela que usted posee un gran corazón y un alma sensible y delicada, todo lo cual no se encuentra así fácilmente.

En esto estaban de su animada conversacion, cuando acertó á entrar en el gabinete la madre de Fernando, la cual vino á descomponer todo su plan, á lo ménos en aquel momento, y preciso era dejarlo para mejor ocasión; habló, pues, por algun rato de cosas indiferentes con la madre y con el hijo, y despidiéndose á poco de esto de uno y de otro, salióse del cuarto para ir á combinar y ordenar sus ideas de la mejor manera posible á fin de tejer la red en la que pretendía enredar al que creía como su última y fácil conquista. Al fin de esta verdadera historia, veremos que en el presente caso no fué más afortunada que en otras ocasiones, perdiendo por completo la jugada. No son la envidia y la desventura camino de triunfos envidiables.

## X.

## LA MADRE Y EL HIJO.

Sin duda que la madre de Fernando no figura representando papel importante en nuestra historia, para que nos detengamos á trazar aquí su retrato consagrándole algunas páginas; pero por otra parte, ¿cuánto no interesa siempre una madre? Dáse el caso que aquí lo es, y muy querida, del héroe principal de la pequeña y sencilla historia que vamos escribiendo, y esta razon creemos sea atendible para no dispensarnos de hablar de esta señora. Interviene, es cierto, casi al fin de los acontecimientos, pero interviene, como de costumbre suele suceder, en los momentos más oportunos.

Era ella mujer de regular estatura, no de muchos años, de rostro simpático, y cuyas facciones, finas y bien proporcionadas, revelaban que en su juventud debió haberse distinguido por su hermosura. Hija tercera de un mayorazgo de muchos cuarteles, pero pocos cuartos, había pasado su juventud en el campo, pegada como la yedra á las paredes de la antigua mansion de sus antepasados, hasta que acertó á poner los ojos en ella el que había de ser padre de Fernando. Mujer de viva y clara inteligencia, de una bondad y virtud sin tacha, era querida y amada de todos, así como era adorada y respetada también por su hijo, quien le hacía confianza de todos sus secretos, y por eso estaba al corriente de sus amores con Cristina, que á decir verdad veía con no pequeña alegría y contentamiento; pues la joven, como ya sabemos, á pesar de las invenciones de Jacinta, á las que no hay que hacer mucho caso, era un modelo, á la vez que de belleza, de bondad, lo cual todo junto auguraba un risueño porvenir para su hijo. Oigamos ahora lo que éste y la madre decían:

—Te veo hoy, Fernando, muy animado; tu semblante ya respira salud.

—Así es la verdad, madre querida; y tan animado estoy que me siento con fuerzas para echar á correr.

—No tan pronto como tú crees, sin embargo de que si así continuas mejorando, luego podremos abandonar esta tierra, que ha sido para nosotros tan triste.

—¡Oh! muy triste, madre mía... Que me hace suspirar por la en que tuve la fortuna de nacer.

—Muy animada me parecía la conversacion que sostenias con Jacinta, se apresuró á decir la madre de Fernando como queriendo atraer la conversacion á otro punto, pues temia que los recuerdos de su país le renovasen las heridas de su alma.

—Hablábamnos, le contestó, del cariño y del celo con que me cuidó en mi enfermedad.

—A propósito de eso, Fernando, ¿sabes una cosa? Que no sé lo que encuentro en esa mujer que no me gusta. En medio de todo el afán é interés que demostró por tu salud, he notado en ella no sé qué cosa como de falso y mentido, que parecia estar en oposicion con todo cuanto hacia; quisiera equivocarme, pero tengo para mí que debemos desconfiar de esa mujer.

—Me admira que usted piense así cuando nunca ha tenido usted costumbre de pensar mal de nadie; y mucho más me admira tratándose de una persona como Jacinta, que todo el tiempo que he estado enfermo me cuidó y trató con tanto cariño y bondad.



—Conozco todo eso, pero qué quieres que te diga, siento hacia esa mujer una repulsión extraña é inexplicable; quisiera, te lo aseguro, echar de mí ese pensamiento, y no puedo conseguirlo por más que en ello me empeño.

—Venís hoy terrible, madre mía; vaya unos juicios poco caritativos que haceis sobre la pobre Jacinta.

—Bien, acaso tengas razón, pero no desatiendas lo que te he dicho; mírala con despaño; estúdiala un poco más y despues hablaremos. Ahora te dejo; tengo que hacer algunas despedidas, y voy á aprovechar estos momentos que tengo libres, para no detenernos cuando sea tiempo de marchar.

—Que llegue luego ese día, es mi mayor deseo.

—Entré tanto ves leyendo esa carta que me han entregado para tí, que de seguro te alegrará el corazón: no pensaba dártela tan pronto, porque el médico me había aconsejado evitarte en lo posible toda clase de impresiones, ya fuesen agradables ó no; pero como observo que estás mucho mejor de lo que yo creía, no hallo inconveniente en que la leas. Dicho esto salió, dándole la carta, que era de Cristina, y la misma que hemos visto en el capítulo anterior se preparaba para escribir.

Debemos, sin embargo, declarar que la citada carta no fué entregada sino mucho despues de haber sido escrita, pues aun cuando había llegado en tiempo oportuno, no creyó conveniente la madre de Fernando el entregarla hasta el momento en que acababa de verificarlo.

—Una carta, y de Cristina, quedó diciendo Fernando; ¿y qué puede importarme á mí? ¿Qué tengo yo que ver con esta mujer?... ¿La devolveré sin abrirla, ó la condenaré al fuego?...

Y paseándose de un lado al otro de la habitación, meditaba sobre lo que debía hacer. Despues de una corta pausa, continuaba diciendo:

—Leerla, ¿y para qué?... No contendrá más que mentidas palabras de un falso corazón, que hará renovar en mi alma los dolores y los justos resentimientos de que está llena... Por otra parte... leyéndola veré hasta qué punto una mujer frívola puede llegar en el camino de su hipocresía. Y así diciendo y haciendo, fué abierta la carta y leídos los renglones que contenía, con más impaciencia é interés que el que demostraba en las palabras.

La carta en cuestion decia de esta manera:

«Fernando, oscuro y amenazador está el cielo, y la tempestad domina toda la aldea, y el mugido del mar llega hasta el cuartodonde te escribo esta carta: triste está la mañana, pero más triste está aún mi pobre corazón... Siento no sé qué fatales presentimientos; una desgracia que no sé ni cómo ni por dónde viene, pero que de seguro ha de suceder. ¡Ah! me lo dice el alma, Fernando, la veo y siento allá en mi loca imaginación. Aprensiones todas hijas del pesimismo, que es mi manera de sér; esto dicen mi querido tutor y nuestra simpática amiga Adela, á quienes he comunicado mis tristes pensamientos; pero esto no me tranquiliza, porque las negras visiones que me martirizan, las he visto realizadas más de una vez. Ello es que á pesar de que hace poco me han asegurado que ya te sentías bien, lo cierto es que nada todavía me has escrito... Dices que has vuelto á recaer... Dentro de dos ó tres días abandonaremos esta aldea; D. Antonio y Adela se han empeñado en que debemos salir de aquí porque el invierno se viene encima, y dicen que mi salud se resentirá con esto. Yo me alegro de esta determinación, pues así nos aproximamos y te será más fácil venir á verme... Supongo que en tu enfermedad te habrás acordado de Dios. ¡Qué triste debe ser para las almas que sufren no poder elevar al cielo una oración! ¡Ah, Fernando! ¡Qué dulzura no siente el alma, de qué tranquilidad no goza despues de haberse comunicado con Dios por este medio tan fácil y sencillo! ¿No es verdad que tú has sentido ya en tu corazón los efectos saludables de estos consuelos religiosos?... Un trueno terrible que resonó por toda la campiña é hizo mover todos cuantos objetos en la casa había, me obligó á suspender esta carta por algunos momentos... Me aflige mucho la idea de lo que les pasará á las pobres flores que he cuidado con tanto esmero en nuestro jardín... La casita rústica donde leíamos tantas veces, al abrigo de los ardores del sol, nuestros autores favoritos, en medio del silencio y la soledad, será arrebatada en estos momentos por el agua que cae á torrentes. ¿Te acuer-

das, Fernando, de aquellas horas de expansión y de dulce alegría?... Ya te irá pareciendo larga esta carta, ¡pero gozo tanto al escribirla! que sin apercibirme de ello voy trazando renglón á renglón sin contarlos y sin saber si son muchos ó pocos. ¡Hace tanto tiempo que no te he visto! y quiero desquitarme escribiéndote; pero basta ya por hoy, Fernando; acuérdate de mí en tus oraciones...»

## XI.

### DESENGAÑO TARDÍO.

Esta larga, pero sentida carta, hizo profunda impresión en el ánimo de Fernando; la leyó con despaño una y más veces, y de cada vez que la leía poníase á meditar largo y profundo. Era indudable que á pesar de la prevención con que la había abierto y de la creencia en que estaba de que nada cuanto á Cristina hiciese relación pudiera impresionarle ni mucho ni poco, lo cierto es que aquella carta le había conmovido. Recorria la habitación de un lado al otro; iba y venia siempre dominado por extraña inquietud, repitiendo aquella ó la otra frase que más le daba que pensar; y hablando consigo mismo, decia:

—¿Será posible que pueda mentirse así, de esta manera, con tantas apariencias de verdad? ¿Quién no adivina al leer esta carta, por muy cauteloso que sea, un alma pura, un amor igual, sin parecido?... Por último, dijo:—No, no es posible que quepa en Cristina tanto fingimiento, tal astucia. Yo que la conozco, que he vivido á su lado hablándola todos los días, que creo haber comprendido algo su corazón, ¿no había de sorprender alguna palabra, no había de observar alguna cosa que pudiese revelarme lo falso y mentido de su conducta, no había de caer ella en algun descuido de esos que descubren luego el pensamiento y aún la intención? Nada, nada he visto, nada he observado en contra de la sinceridad de su amor, de la inocencia de su corazón...

RAMON SEGADE.

(Se continuará.)

## MISCELANEA.

LOS ALUMNOS DE LAS UNIVERSIDADES CATÓLICAS.—En vísperas de decretarse en la Cámara francesa el proyecto de ley de Ferry, sobre la enseñanza superior, nos parece útil dar á conocer el número de alumnos de las diversas facultades católicas de Francia, según la estadística que acaba de formarse por orden del ministerio del ramo.

Actualmente hay en Francia 14 facultades católicas repartidas en las cinco ciudades de París, Lyon, Angers, Lila y Tolosa. Esas 14 facultades comprenden 5 de Derecho, 4 de Ciencias, 4 de Letras y 1 de Medicina y Farmacia. Hé aquí el número de matrículas hechas en cada una de ellas para el último curso escolar:

**Facultades de Derecho.**—París, 1,041 matrículas; Angers, 468; Lyon, 424; Lila, 209; Tolosa, 208.—Total, 2,350 matrículas, ó sean un término medio de 576 escolares cada uno, tomando 4 matrículas al año.

**Facultades de Letras.**—Lyon, 88 matrículas; Lila, 48; París, 37; Angers, 16.—Total, 189 matrículas.

**Facultades de Ciencias.**—París, 28 matrículas; Lila, 18; Angers, 16; Lyon, 8.—Total, 70 matrículas.

**Facultad de Medicina y Farmacia.**—Lila, 359 matrículas.

Como se vé, las facultades católicas reúnen entre todas, despues de tres años de cursos, 2,968 matrículas. Si se adiciona para cada ciudad el número total de las matrículas de las diversas facultades existentes, resultarán las cifras siguientes:

París, 1,106 matrículas; Lila, 631; Lyon, 510; Angers, 500; Tolosa, 208: total 2,968 matrículas, las que divididas por 4 no indicarian más que 750 escolares. Pero no hay que olvidar que un gran número de discípulos, por diferentes causas, no se matriculan cada trimestre; de modo que el número total de estudiantes católicos excede en mucho, desde ahora, la cifra que arroja la suma de las matrículas.

Por algo la impiedad se revuelve contra estos progresos.

SENTENCIA MORAL DE FRANCISCO DE SALES.—«Las arañas no matan á las abejas, pero consumen y corrompen su miel, y obstruyen sus panales con las telas que en ellos tejen, de manera que las abejas no pueden dedicarse á su noble y hermosa tarea.»

San Francisco de Sales aplica esta sentencia á nuestras pequeñas faltas, las cuales si no han de tener muy graves consecuencias, será preciso que «tan pronto como estas arañas espirituales hayan penetrado en nuestra conciencia, las rechacemos y desterremos de ella como lo hacen las abejas con las arañas corporales.»

INFLUENCIA DE LAS MADRES.—Cuéntase que los directores de una gran fábrica alemana ántes de recibir en ella á un muchacho se enteran, ante todo, del carácter de su madre. Páreciese que las buenas impresiones que haya recibido de ella, ejercerán todavía más influencia en el ánimo del jóven que el efecto de los malos hábitos paternos.

LA BONDAD.—Cuando Dios forma el corazón y las entrañas del hombre, pone allí en primer lugar la bondad...; luego la bondad debe formar como el fondo de nuestro corazón.—(Bossuet.)

LECTURA Y CONVERSACION.—La lectura que más me agrada es aquella en que se encuentra algo que puede formar el entendimiento y fortalecer el alma. Sobre todo experimento la mayor satisfacción cuando leo con una persona de talento; porque de esta manera se reflexiona á cada momento sobre lo que se lee; y con las reflexiones que se hacen se entabla una conversacion la más útil y agradable del mundo.—(La Rochefoucauld.)

CONCURSO DE LAS CIENCIAS.—¿Cuántas ciencias ha sido preciso inventar y comparar para elevarse al conocimiento del sistema del mundo físico! La mayor parte de ellas no tienen, al parecer, relación alguna con los resultados que deben producir.

Hé aquí un ejemplo:

Para formar una idea aproximada de los movimientos de los cuerpos celestes, se ha necesitado la observación, la geometría (Pitágoras, Euclides); la ciencia de los pesos específicos, la mecánica (Arquímedes); la ciencia de la caída de los graves (Galileo); la aplicación de las secciones cónicas (Kepler); la aplicación del álgebra á la geometría (Descartes); el cálculo diferencial (Ferrat, Leibnitz, Newton); la óptica (Newton); el telescopio (Galileo); la dinámica, la ciencia del movimiento (Laplace), y la meteorología.

LA COMPASION.—La vista de un animal enfermo, el quejido de un ciervo perseguido por los cazadores, el aspecto de un árbol inclinado á la tierra que arrastra sus ramas por el polvo, las despreciadas ruinas de un antiguo edificio, la palidez de una flor que se deshoja y marchita; finalmente, todas las imágenes de las desdichas humanas, despiertan la compasión en un alma tierna, contristan el corazón y sumergen el ánimo en una meditación compasiva.—(V. G.)

Solucion del jeroglífico del número anterior:  
La caridad bien ordenada empieza por uno mismo.

### JEROGLÍFICO.



(La solución en el próximo número.)